

FRANCISCO NAVARRO.

TEL. MEX. 623 NERI.

ERICSSON 7903.

"GRAN BAZAR"

AVENIDA FRANCISCO I. MADERO, 28.

CENTRO DE ARTE Y CULTURA.

EXPOSICIONES PERMANENTES DE MUEBLES FINOS
ANTIGUOS Y MODERNOS.

DEPARTAMENTO DE ANTIGUEDADES:

Escritorios Barchinos Siglo XVI. Cómodas
BULL. Muebles Bretones. Tibores Chinos y Ja-
poneses. Cristos Marfil y Madera Siglos XVI y
XVIII. Notable cuadro "Muerte de San Francis-
co", de Solís, Pintor Español Siglo XVII.
(\$1500.00 oro Nacional.)

DEPARTAMENTO MODERNO.

Recámara Luis XV, 7 piezas. Comedor In-
glés 10 piezas. Recámara laca, para niña. -Ajuares
todos estilos.

PROXIMAS EXPOSICIONES:

- 1ª Selección de pinturas de Magos Anaya.
- 2ª de varios artistas, Pinturas y Esculturas.

ANTES DE COMPRAR O VENDER VISITE UD. ESTE

ESTABLECIMIENTO.

TODO DE OCASION.

077 FL
CULTURA

SELECCION
DE BUENOS
AUTORES ?

ANTIGUOS
Y
MODERNOS

DIRECTORES

AGUSTIN LOERA Y CHAVEZ
JULIO TORRES

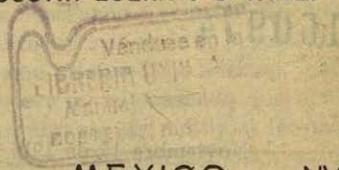


RUBEN DARIO

VERSOS SELECTOS

ESCOGIDOS POR

AGUSTIN LOERA Y CHAVEZ.



TOMO II

MEXICO

NVM. I.

981517

PQ 7519

.03

ANTIC 71A

1916



FONDO LITERARIO

160974

Noviembre 15 de 1916.

IMPRENTA «VICTORIA»—4ª VICTORIA 92

AL MARGEN DE LA SELECCION

Quienes deseen recopilar las impresiones y juicios que acerca de Rubén Darío se han expuesto, que recorran —con ciertas prevenciones— al inflexible don Juan Valera, al exquisito y sereno don Justo Sierra, al acertado y profundo José Enrique Rodó, al temible erudito don Andrés González Blanco, a Pedro Henríquez Ureña, a Rufino Blanco Fombona y..... a tantos otros; pero más que las impresiones ajenas —útils sí para una íntima documentación— que busquen en la sima profunda de la lírica del propio Darío, la quinta esencia de su inspiración. De él si no puede decirse, como de aquél, que sus críticos —por muy geniales que lo sean, y en el caso presente lo son algunos— le hayan hecho el mayor bien transparentando aquellos aspectos de su personalidad que sólo pueden descubrir *algunos*. Rubén Darío —según ya se ha observado— es asimismo, como todo genial escritor, el mejor crítico de su propia personalidad.

Levántese con aristocrático ademán, lenta y armoniosamente, el leve tul adamascado que nimba la obra del poeta y descúbranse las múltiples facetas de ese diamante, de tan complicado pulimento, cuya límpida blancura de cisne se destaca entre las mil irizaciones multi-

27-E-05 JN.

colores que la luz arranca al retozar alegremente en los quiebres de sus prístinas aristas.

De cuantos poetas han cultivado la lírica castellana es éste, sin duda, el más complejo por la multiplicidad de sus manifestaciones: mentira que sea solamente poeta de Europa, pagano exaltado, cantor exclusivo del sensualismo, aristócrata afeminado, simbolista por copia y parnasiano a lo *double*. No, Rubén Darío es un poeta de Europa y de América, oriental y genuinamente helénico a ratos: es un cosmopolita; tan pagano como cristiano; que canta con la misma sonora exquisitez y principesca distinción el arrebató bestial del sensualismo, como la sublime conjunción del más puro ideal; que si imitó en principio —y ¿quién que comienza no sigue derroteros trazados?— a Núñez de Arce y a Heredia, a Quintana y a Tassara; después a Heine y a Becquer, alcanzó en cambio en la prosa la suprema altura de los Goncourt y supo trasplantar a nuestra lengua las modalidades más bellas y puras de la estética francesa; y que si es a ratos simbolista y parnasiano, es en muchos otros, genuinamente clásico. Sintetiza, en fin, el movimiento moderno de las letras castellanas, cuyo germen plantó en América nuestro Gutiérrez Nájera, revolución de proyecciones tan amplias, que al derrocar —con irreverencia de iconoclasta— los envejecidos fetiches, instauró nuevos procedimientos en métrica y versificación, cambió estilos y fundó escuela. ¿Que fué un decadente? si el nombre tiene en su connotación el significado de genial, está bien puesto, si no, al seguir aplicándose, el tiempo le creará esa nueva acepción.

**

En la presente selección se ha procurado dar cabida al mayor número de poetas, de aquellas cuyo valor representativo y característico de alguna de las modalida-

des de Darío, sea reconocido; por tal razón se han incluido aquellas primeras rimas tan festejadas en su tiempo, pero de un valor literario relativo, al lado de las magistrales producciones de *Cantos de Vida y Esperanza* y *Prosas Profanas*.

Creemos sintetizar en el medio centenar de composiciones que aquí aparecen —en lo que a verso se refiere— la obra PERSONALÍSIMA del poeta de *Azul*, cuya influencia definitiva y benéfica para los que no se unsen a carro alguno sin fuerzas y alientos propios, ha sido en cambio nefasta para el grupo de mediocres que servilmente han copiado un estilo y una forma que no son capaces de comprender.

A. L. CH.

RIMA

Quando la vió pasar el pobre mozo
Y oyó que le dijeron: ¡Es tu amada!
Lanzó una carcajada,
Pidió una copa, y se bajó el embozo.
—Que improvise el poeta.

Y habló luego
Del amor, del placer, de su destino.
Y al aplaudirle la embriagada tropa,
Se le rodó una lágrima de fuego,
Que fué a caer al vaso cristalino.
Después . . . tomó su copa,
Y se bebió la lágrima y el vino.

RIMA

LA CIFRA.

Tenía una cifra
Tu blanco pañuelo:
Roja cifra que nombre no era
El tuyo, mi dueño.
La fina batista
Crujía en tus dedos.

—¡Qué bien luce en la albura la sangre!
Te dije, riendo.
Te pusiste pálida,
Me tuviste miedo.
¿Qué miraste? ¿Conoces acaso
La risa de Otelo?

ESTIVAL

I

La tigre de Bengala,
Con su lustrosa piel manchada a trechos,
Está alegre y gentil, está de gala.
Salta de los repechos
De un ribazo, al tupido
Carrizal de un bambú; luego a la roca
Que se yergue a la entrada de su gruta.
Allí lanza un rugido,
Se agita como loca
Yeriza de placer su piel hirsuta.

La fiera virgen ama.
Es el mes del ardor. Parece el suelo
Rescoldo; y en el cielo
El sol inmensa llama.
Por el ramaje obscuro
Salta huyendo el kanguro.
El boa se infla, duerme, se calienta
A la tórrida lumbre;
El pájaro se sienta
A reposar sobre la verde cumbre.

Siéntense vahos de horno;
Y la selva indiana
En alas del bochorno,
Lanza, bajo en sereno
Cielo, un soplo de sí. La tigre ufana
Respira a pulmón lleno,
Y al verse hermosa, altiva, soberana,
Le late el corazón, se le hincha el seno.

Contempla su gran zarpa, en ella la uña
De marfil; luego toca
El filo de una roca,
Y prueba y lo rasguña.
Mírase luego el flanco
Que azota con el rabo puntiagudo
De color negro y blanco,
Y móvil y felpudo;
Luego el vientre. En seguida
Abre las anchas fauces, altanera
Como reina que exige vasallaje;
Después husmea, busca, va. La fiera
Exhala algo a manera
De un suspiro salvaje.
Un rugido callado
Escuchó. Con presteza
Volvió la vista de uno a otro lodo.
Y chispeó su ojo verde y dilatado
Cuando miró de un tigre la cabeza
Surgir sobre la cima de un collado.
El tigre se acercaba.

Era muy bello.
Gigantesca la talla, el pelo fino,

Apretado el hijar, robusto el cuello,
 Era un don Juan felino
 En el bosque, Anda a trancos
 Callados; ve a la trigre inquieta, sola,
 Y le muestra los blancos
 Dientes, y luego arbola
 Con donaire la cola.
 Al caminar se vía
 Su cuerpo ondear, con garbo y bizzaría.
 Se miraban los músculos hinchados
 Debajo de la piel. Y se diría
 Ser aquella alimaña
 Un rudo gladiador de la montaña.
 Los pelos erizados
 Del labio relamía. Cuando andaba,
 Con su peso chafaba
 La yerba verde y muelle;
 Y el ruido de su aliento semejaba
 El resollar de un fuelle.
 El es, él es el rey. Cetro de oro
 No, sino la ancha garra
 Que se hinca recia en el testuz del toro
 Y las carnes desgarras.
 La negra águila enorme, de pupilas
 De fuego y corvo pico relumbrante,
 Tiene a Aquilón; las hondas y tranquilas
 Aguas, el gran caimán; el elefante,
 La cañada y la estepa;
 La vívora, los juncos por do trepa;
 Y su caliente nido
 Del árbol suspendido,
 El ave dulce y tierna
 Que ama la primer luz.

El, la caverna.

* * *

No envidia al león la crin, ni al potro rudo
 El casco, ni al membrudo
 Hipopótamo el lomo corpulento,
 Quien bajo los ramajes del copudo
 Baobab, ruge al viento.

* * *

Así va el orgulloso, llega, halaga;
 Corresponde la tigre que le espera,
 Y con caricias las caricias paga
 En su salvaje ardor, la carnicera.

* * *

Después, el misterioso
 Tacto, las impulsivas
 Fuerzas que arrastran con poder pasmoso;
 Y ¡oh gran Pan! el idilio monstruoso
 Bajo las vastas selvas primitivas.
 No el de las musas de las blandas horas
 Suaves, expresivas,
 En las rientes auroras
 Y las azules noches pensativas;
 Sino el que todo enciende, anima, exalta,
 Polen, savia, calor, nervio, corteza,
 Y en torrentes de vida broto y salta
 Del seno de la gran Naturaleza.

II

El príncipe de Gales va de caza
 Por bosques y por cerros,
 Con su gran servidumbre y con sus perros
 De la más fina raza.

* * *

Acallando el tropel de los vasallos,
 Deteniendo traíllas y caballos,

Con la mirada inquieta,
Contempla a los dos tigres, de la gruta
A la entrada. Requiere la escopeta,
Y avanza, y no se inmuta.

* * *

Las fieras se acarician. No han oído
Tropel de cazadores.
A esos terribles seres,
Embriagados de amores,
Con cadenas de flores
Se les hubiera uncido
A la nevada concha de Citeres
O al carro de Cupido.

* * *

El príncipe atrevido,
Adelanta, se acerca, ya se para;
Ya apunta y cierra un ojo; ya dispara;
Ya del arma el estruendo
Por el espeso bosque ha resonado.
El tigre sale huyendo
Y la hembra queda, el vientre desgarrado.
¡Oh, va a morir!... Pero antes, débil, yerta,
Chorreando sangre por la herida abierta,
Con ojo dolorido
Miró a aquel cazador; lanzó un gemido
Como un ¡ay! de mujer... y cayó muerta.

III

Aquel macho que huyó, bravo y zahareño
A los rayos ardientes
Del sol, en su cubil después dormía.
Entonces tuvo un sueño
Que enterraba las garras y los dientes
En vientres sonrosados

Y pechos de mujer; y que engullía
Por postres delicados
De comidas y cenas,—
Como tigre goloso entre golosos,—
Unas cuantas docenas
De niños tiernos, rubios y sabrosos.

A MARGARITA DEBAYLE

Margarita, está linda la mar,
Y el viento
Lleva esencia sutil de azahar;
Yo siento
En el alma una alondra cantar:
Tu acento.
Margarita, te voy a contar
Un cuento.

Este era un rey que tenía
Un palacio de diamantes,
Una tienda hecha del día
Y un rebaño de elefantes,
Un kiosco de malaquita,
Un gran manto de tisú,
Y una gentil princesita,
Tan bonita,
Margarita,
Tan bonita como tú.

Una tarde la princesa
Vió una estrella aparecer;
La princesa era traviesa
Y la quiso ir a coger.

La quería para hacerla
Decorar un prendedor,
Con un verso y una perla,
Y una pluma y una flor.

Las princesas primorosas
Se parecen mucho a tí:
Cortan lirios, cortan rosas,
Cortan astros. Son así.

Pues se fué la niña bella,
Bajo el cielo y sobre el mar,
A cortar la blanca estrella
Que la hacía suspirar.

Y siguió camino arriba,
Por la luna y más allá;
Mas lo malo es que ella iba
Sin permiso del papá.

Cuando estuvo ya de vuelta
De los parques del señor,
Se miraba toda envuelta
En un dulce resplandor.

Y el rey dijo: «¿Qué te has hecho?
Te he buscado y no te hallé;
Y ¿qué tienes en el pecho,
Que encendido se te ve?»

La princesa no mentía.
Y así, dijo la verdad:
«Fuí a cortar la estrella mía
A la azul inmensidad.»

Y el rey clama: «¿No te he dicho
Que el azul no hay que tocar?
¡Qué locura! ¡Qué capricho!
El Señor se va a enojar».

Y dice ella: «No hubo intento;
Yo me fuí no sé por qué;

Por las olas y en el viento
Fuí a la estrella y la corté».

Y el papá dice enojado:
«Un castigo has de tener:
Vuelve al cielo, y lo robado
Vas ahora a devolver».

La princesa se entristece
Por su dulce flor de luz,
Cuando entonces aparece
Sonriendo el buen Jesús.

Y así dice: «En mis campañas
Esa rosa le ofrecí:
Son mis flores de las niñas
Que al soñar piensan en mí.

Viste el rey ropas brillantes,
Y luego hace desfilas
Cuatrocientos elefantes
A la orilla de la mar.

La princesita está bella,
Pues ya tiene el prendedor
En que lucen con la estrella,
Verso, perla, pluma y flor.

Margarita, está linda la mar,
Y el viento
Lleva esencia sutil de azahar:
Tu aliento.
Ya que lejos de mí vas a estar,
Guarda, niña, un gentil pensamiento
Al que un día te quiso contar
Un cuento.

VESPERAL

Ha pasado la siesta
 Y la hora del Poniente se avecina,
 Y hay ya frescor en esta
 Costa, que el sol del trópico calcina.
 Hay un suave alentar de aura marina,
 Y el Occidente finje una floresta
 Que una llama de púrpura ilumina.
 Sobre la arena dejan los cangrejos
 La ilegible escritura de sus huellas.
 Conchas color de rosa y de reflejos
 Aereos, caracolillos y fragmentos de estrellas
 De mar forman alfombra
 Sonante al paso en la armoniosa orilla.
 Y cuando Venus brilla,
 Dulce, imperial amor de la divina tarde,
 Creo que en la onda suena
 O son de lira, o canto de sirena.
 Y en mi alma otro lucero como el de Venus arde.

EL CISNE

Fué en una hora divina para el género humano.
 El Cisne antes cantaba sólo para morir.
 Cuando se oyó el acento del Cisne wagneriano
 Fué en medio de una aurora, fué para revivir.
 Sobre las tempestades del humano océano
 Se oye el canto del Cisne; no se cesa de oír,
 Dominando el martillo del viejo Thor germano
 O las trampas que cantan la espada de Argantir.

¡Oh Cisne! ¡Oh sacro pájaro! Si antes la blanca
 (Helena)

Del huevo azul de Leda brotó de gracia llena,
 Siendo de la hermosura la primera inmortal,

Bajo tus blancas alas la nueva Poesía,
 Concibe en una gloria de luz y de armonía
 La Helena eterna y pura que encarna el ideal.

EPITALAMIO BÁRBARO

El alba aun no aparece en su gloria de oro.
 Canta el mar con la música de sus ninfas en coro
 Y el aliento del campo se va cuajando en bruma.
 Teje la náyade el encaje de su espuma
 Y el bosque inicia el himno de sus flautas de pluma.

Es el momento en que el salvaje caballero
 Se ve pasar. La tribu aulla y el ligero
 Caballo es un relámpago, veloz como una idea.
 A su paso, asustada, se para la marea;
 La náyade interrumpe la labor que ejecuta
 Y el director del bosque detiene la batuta.

—«¿Qué pasa?» desde el lecho pregunta Venus
 (bella,

Y Apolo:

—«Es Sagitarió que ha robado una estrella».

SINFONÍA EN GRIS MAYOR

El mar como un vasto cristal azogado
 Refleja la lámina de un cielo de zinc;